

HUIDOS EN LOS ANCARES

Antonio Pereira

Cuando a la salida del recodo que forma el camino, camino de cabras, camino de lobos, pasado el lugar que indica de manera tosca «fuente de don Santiago» nos acercamos a una aldea relativamente decente y supimos su nombre, Paraisín, Manuel tuvo que darme la razón. Lisardo se había andando lamentando de que no nos hubiésemos llevado el mapa que estaba de adorno en La Cabaña, mientras Manuel decía que un mapa es la mejor cosa para perderse, que lo dejáramos a él ir delante como se le deja a un perro que marche según el olfato. Menos mal que yo lo traigo en la cabeza, abarcaba nada más que un trozo de región pero con muy buenos detalles, el monte alto, el monte bajo, el erial a pastos y hasta las altitudes. Intuí que tal como caminábamos hacia el Este teníamos que andar ya metidos en los Ancares, probablemente habíamos traspasado los límites de la provincia. Y qué habrá sido de Lisardo. De él me acuerdo más que del otro hombre. Y mucho más que de los dos de Láscara, los melguizos, que vinieron a unirse en el momento justo en que salíamos pies para qué os quiero de Cervantes. Paraisín- porque su nombre pequeño y mimador me chocó al verlo en el mapa, no lejos del pico de Miravalles- venía a confirmar todas mis hipótesis. Entonces, por ahí caerá Ponferrada. No tanto, le dije yo a Manuel, que tiene una idea muy vaga de lo que no sea su mundo, pero con un punto de referencia sí que contamos. Un corro de pallozas, con algunas casas de piedra desigual y sin arte, techadas de pizarra. Se comprende que no hubiera mozos. Pero es que ni siquiera mozas. Era un pueblo de viejos, y peor aún, de sombras de viejos. Hasta los animales parecían viejos. Encontramos un rincón y nos pareció la gloria. Lo primero que pidió Manuel fue vino. Yo le seguí, pero sin excederme. Muy lejos había que marchar con la imaginación para suponer unas viñas. En cómo estos habitantes del techo del mundo soñarán el vino nuevo que nace en los otoños de allá abajo. Manuel, además de beber mucho, empezó a querer el vino alegre y solidario de la taberna. Una de las casas de piedra, la taberna de Paraisín. No pagábamos, naturalmente, en los últimos tiempos no llevamos encima ni un real. Nuestra moneda es la fuerza, el que seamos dos hombres armados. Cómo va a saber nadie que el cacharro que yo enseño es como si no lo llevara, o como si lo llevara un manco de las dos manos. Los parroquianos se estaban las horas muertas como leños. Si les preguntábamos algo, nos contestaban poco. Algunos había con bocio. Era una reunión estática y esperpéntica, dantesca. Observé que cada noche llegaban uno o dos más. Esto no me gusta nada, le dije a

Manuel. A él le dio la risa. Pero qué dices, si son una partida de momias. Pero a la vez siguiente la asistencia aumentaba; y a la otra, más. Nadie se hubiese creído que el pueblo tuviera tantos vecinos. Llegué a tener miedo, mucho miedo. Ahora vas a ver, dijo Manuel, ya demasiado cargado. Inesperadamente sentí que se echaba el arma a la cara, apuntó a las bacaladas colgantes del techo y las agujereó a tiros. Los viejos se removieron un poco, lo mínimo que manda el instinto. Pero en el silencio, más marcado después de las detonaciones, volvieron a su paciencia estúpida, sólo que más numerosos, más cercanos, sin ningún ademán de pelea y yo sabía de qué manera horrible nos amenazaban...

De la novela «País de los Losadas».